

Francisco A. Baldarena



**Ni Muchas
Gracias, Perro**

textos.info
biblioteca digital abierta

Ni Muchas Gracias, Perro

Francisco A. Baldarena

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6954

Título: Ni Muchas Gracias, Perro

Autor: Francisco A. Baldarena

Etiquetas: cuento

Editor: Francisco A. Baldarena

Fecha de creación: 5 de octubre de 2021

Fecha de modificación: 9 de abril de 2023

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Ni Muchas Gracias, Perro

Aguirre tamborileaba nerviosamente con los dedos de ambas manos sobre la carpeta encima de la mesa, delante de él. Los ojos, fijos en la nada, ni pestañeaban. Los oídos sí estaban atentos. Nada de lo que ocurría en el pasillo, del otro lado de la puerta, a sus espaldas, se le escapaba. Evitaba mirar el reloj, redondo y enumerado en números romanos, colgado en la pared frente a él; lo que sería totalmente inútilmente, por supuesto, porque los minutos no pasaban con la misma velocidad que requería su urgencia.

Uno a uno y muy espaciadamente, fueron llegando los otros asesores del ministro. Ninguno parecía tener prisa de empezar la sesión. Hablaban de cualquier cosa, menos de lo que los convocaba allí. El partido de la noche anterior, lo caro que estaba todo o lo que tenían planeado para el próximo fin de semana, casi encima. Aguirre apenas si los había saludado.

«Y el tiempo que no pasa.»

Aguirre continuaba en silencio, sin participar en las conversaciones de los colegas, la vista en los dedos tamborileando sobre la carpeta, cuando, por fin, la puerta se abrió y entró el ministro.

—Buenos días, señores —saludó el ministro, con la indisimulada voz de fastidio que lo caracterizaba tan bien, mientras se dirigía a la cabecera de la mesa. Ocupó su lugar, apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos, apoyó el mentón sobre las manos y dijo:

—¿Y bien, alguna sugerencia para solucionar el problema que nos tiene reunidos acá? Por la rapidez como habló y la mirada indisimulada que le dio al reloj de mano, se notaba que tenía prisa en terminar la reunión.

«Las nueve pasadas y el pescado sin vender.»

Era jueves y aunque se suponía que era allí donde debía estar, el ministro pensaba lo contrario. Para eso tenía tantos asesores gravitando a su alrededor, para que trabajaran por él, incluso los jueves. No obstante, al

presidente se le había antojado limpiar la «lacra social» de las calles de la capital lo más rápido posible (Incluso más allá, ministro Lapiedra, le había dicho el presidente, en la reunión informal que ambos habían tenido la noche anterior en la casa presidencial). Por eso estaba presente esa mañana en la maldita sesión extraordinaria y no en el club de golf.

Ya eran las nueve pasadas. El sol primaveral ya había evaporado el rocío y a esa hora él ya debía estar caminando hacia el segundo hoyo, por lo menos. Sin embargo, culpa del rancio de la sociedad, estaba preso en su gabinete-, esperando de sus asesores una solución, de preferencia, que fuera lucrativa, aunque eso no tenía demasiada importancia, porque siempre se podía modificar un punto aquí, otro por allá, y el dinero aparecía como por arte de magia.

Antes que algún otro asesor abriera la boca, no fuese que se le hubiera ocurrido lo mismo que a él, Aguirre levantó rápidamente una mano. La idea no era extraordinaria ni cosa de genio, era, en el mejor de los casos, una salida de emergencia.

El ministro, la vista perdida más allá de la ventana, aún en el club de golf y ya por el tercer hoyo, lo instó a hablar, con un impaciente «¿Sí?»

—Sí, señor ministro —empezó Aguirre, después de una tosesita forzada para aclarar la voz—. He estado recorriendo las calles y he notado que algunos contenedores de residuos poseen una pequeña abertura para introducir los desechos sin que haya otro modo de sacarlos que no sea levantando la tapa con la ayuda de un guinche. Bien, creo que si todos los contenedores distribuidos en la ciudad fueran de ese tipo, esto debería inhibir la acción de los cartoneros. La parte de «He estado recorriendo las calles» era puro invento. Delante de su casa tenía un contenedor de esos y la idea se le había ocurrido al ver a un cartonero intentar «pescar» una bolsa con una varilla de hierro doblada en la punta a modo de gancho, sin éxito.

El rostro del ministro no reflejaba ninguna expresión, y puesto que no reaccionaba ni a favor ni en contra, Aguirre pensó que no había sido lo suficientemente claro al exponer su idea.

Pero el ministro había entendido bien, muy bien, tan bien que le pasó el taco al caddie imaginario que lo seguía en silencio, green tras green, hoyo tras hoyo, y ya estaba sacando cuentas, calculando un posible lucro extra,

extra y fácil. Sin dudas la idea del infeliz Aguirre era muy buena. Estaba más que seguro que la idea, la del lucro extra y fácil más que la de los contenedores inviolables, le vendría al presidente como anillo al dedo. Ya habían hecho muchos negocios lucrativos juntos antes, hasta ese momento todos exitosos. Entonces, ¿por qué no habría de ser este uno más, si de carambola se sacaba de encima el fastidioso malestar que le causaba el enjambre de insalubres que manchaba con su presencia indeseable, la hermosa y limpia tarjeta postal que quería mostrarle al mundo de la capital del país? Y además, como, ¡oh coincidencia!, propietario de la empresa recolectora de basura contratada para recoger los desperdicios urbanos de la capital y zonas aledañas, el «negociado» de los contenedores inviolables le facilitaba, ¡y cómo!, el ocultamiento de la maniobra fraudulenta destinada a seguir mamando de las tetas del estado. ¿Por acaso, no había sido únicamente ese el único motivo que lo llevó a ocupar el sillón presidencial?

«Sin dudas, un negocio redondo y más fácil que robarle el caramelo a un chico.»

Redondeada en su mente la idea de Aguirre, el ministro lo felicitó, y antes de marcharse, dos minutos después, hasta se despidió de él con una palmadita en el hombro.

Ese mismo día, a la tarde, el ministro fue a llevarle la buena nueva al presidente.

II

LA SONRISA DE LA CODICIA

El presidente recibió la noticia como un rayo de luz. Sus ojos celestes, que hasta hacía poco estaban apagados, ahora resplandecían como un diáfano cielo de primavera, mientras en su rostro se instalaba una sonrisa diabólica que al ministro le resultó familiar.

«Ahora que se afeitó los bigotes, es igual a la del Guasón, pero cuando el hijo de puta está maquinando una maldad.»

—Tráigame el proyecto lo más rápido que pueda —le dijo el presidente.

—Muy bien, señor presidente, pero le advierto que me llevará cerca de un

mes...

—Usted tráigame todo muy bien detallado, que yo me encargo del resto.

Lo que de momento sí tenía importancia para el presidente, y capital, era la factura que el estado pagaría y la parte del dinero que iría a parar en su cuenta fantasma en las Bahamas. Eso sin contar que, además, la jugada le venía al pelo, porque con el mismo disparo mataba otro pájaro: los indeseables cartoneros, que al no poder rescatar nada de los contenedores tendrían que arreglárselas en otro lugar. Que se jodieran todos, pues su suerte no le iba ni le venía. Cerró por un instante los ojos e imaginó su ciudad de postal, libre de mugre y ni la sombra de la «negrada», como llamaba fuera de los micrófonos a los miles de desocupados que sobreviven de los desperdicios urbanos. Si bien es cierto que todo proyecto, si aprobado, demora varios meses, y a él le gustaba el juego rápido, aquel que no le da tiempo al adversario a descubrir la jugada que lo ha dejado en desventaja, consideró que uno destinado a limpiar la ciudad, y que beneficiaría a los más ricos y poderosos, sería aprobado en tiempo récord.

El ministro corrupto, por su parte, ya concebía una forma de llevarse su parte de la torta. El tiempo que llevase aprobar el proyecto de recambio de los viejos contenedores, sería suficiente para montar la fábrica de contenedores inviolables que el estado compraría a un precio sobrevalorado, como corresponde. Luego, puertas adentro, el presidente y él harían la repartija del botín, como en las otras veces. Ya sentía chirriar las uñas raspando el tacho.

III

NI MUCHAS GRACIAS, PERRO

Para Aguirre, en cambio, restaría apenas conservar su empleo de asesor y pasar a la historia sin pena ni gloria. Porque a hombres de su tipo, solo les está permitido subir hasta cierta cantidad de escalones y los laureles, vedados completamente, pues no son otra cosa que una arandela fácil de cambiar en el funcionamiento de la gran maquinaria del poder. Esos Aguirres han nacido para ser parte del rebaño que siguen el «tintín» del cencerro que le marca el camino que deben seguir, obedeciendo dócilmente, sin objetar ninguna orden, ni cuestionando ningún mandamiento. Así las cosas, el ministro se llevaría al buche un buen

bocado, el presidente «engordaría» aún más su cuenta bancaria en el exterior, pero para el pobre Aguirre no habría ni un «Muchas gracias, Perro», apenas su miserable salario de funcionario público a cada principio de mes; y eso hasta que el ministro terminara su mandato, después, una patada en el culo y si te he visto no me acuerdo. Sí, gente como Aguirre nunca pisa en suelo firme, haga lo que haga, siempre tendrá una utilidad transitoria. Y si el día de mañana todas las calles de la capital llegan a estar atestadas de contenedores inviolables, como el que tenía estacionado frente a la puerta de su casa, y él contara que se debía a una idea suya, ¿quién le creería?, ¿a quién le iba a importar?, y lo peor de todo, ¿al final, qué ganaría con eso? Ni un «Muchas gracias, Perro», con toda seguridad.

Ni Muchas Gracias, Perro by Francisco A. Baldarena is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

